

**ENTREPASADOS**

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XIV - NÚMERO 27 - PRINCIPIOS DE 2005

Consejo de dirección

Silvia Finocchio
 Mirta Zaida Lobato
 Lucas Luchilo
 Gustavo Paz
 Leticia Prislei
 Fernando Rocchi
 Juan Suriano

Director

Juan Suriano

ENTREPASADOS se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina \$ 40

En el exterior, vía superficie u\$s 30, vía aérea u\$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1417), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.

e-mail: entrepasados@websail.com.ar
entrepasados@swarthmore.edu

Distribución internacional: Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493

e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Indugraf, Sánchez de Loria 2251, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina

Historia, retórica, prueba Sobre Aristóteles y la historia hoy

Carlo Ginzburg

Este texto que publica *Entrepasados* forma parte del libro *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, publicado por el autor en edición italiana en noviembre de 2000 (Feltrinelli), en tanto algunos de los capítulos que lo integran ya habían aparecido en inglés el año anterior. Este trabajo está dedicado a dos figuras intelectuales que han sido y son interlocutores permanentes de Ginzburg a lo largo de su escritura: Italo Calvino y Arnaldo Momigliano. Literatura e historia, pero más bien reflexión inscripta en los problemas centrales que presenta el campo del saber. Se trata de alargar el alcance de las discusiones sobre método histórico evitando circunscribirlas a los historiadores y también de abrir una lectura en polémica con la versión elaborada en los años 70 a partir de un inédito juvenil de Friedrich Nietzsche donde la noción de verdad se instalaba en una dimensión retórica. A esa concepción, que privilegia la Poética de Aristóteles, Ginzburg contrapone otra noción de retórica sostenida por el mismo Aristóteles en la Retórica y luego transmitida por Quintiliano a Lorenzo Valla. En el centro de esa tradición se encuentra el nexo entre la retórica y la prueba. Este texto es un nuevo escrito polémico donde se vuelve a discutir el estatuto de la historia y la posibilidad, entendida como deber del historiador, de conocer la verdad.

1. Cualquier reflexión sobre el significado de la historia, sea a partir de los griegos, sea a partir de nosotros, debe ajustar cuentas con el juicio de Aristóteles contenido en el célebre pasaje de la *Poética* (1451b) donde la poesía se define como "actividad más filosófica y más elevada que la historia". La primera representa eventos generales y posibles, "según lo verosímil o lo necesario"; la segunda eventos particulares y reales ("lo que Alcibiades hizo o lo que sufrió").¹ Moses Finley comentó: "Él [Aristóteles] no se limitó a burlarse de la historia, la desautorizó completamente".² Es una conclusión neta, como se podía esperar de Finley. Tal vez sea lícito reformularla, al menos parcialmente. Trataré de demostrar, sirviéndome incluso de una observación hecha en otra circunstancia por el mismo Finley, que la obra donde Aristóteles habló más ampliamente de la historiografía (o por lo menos de su núcleo fundamental) en el sentido que nos es familiar no está en la *Poética* sino en la *Retórica*.

Esta afirmación corre el riesgo de ser clamorosamente mal interpretada. La reducción de la historiografía a la retórica es desde hace unos treinta años el caballito de batalla de una difundida polémica antipositivista con implicaciones más o menos escépticas. Remontándose sustantivamente a Nietzsche, esta tesis circula predominantemente hoy bajo los nombres de Roland Barthes y Hayden White.³ Si bien no son totalmente coincidentes, se hace concordar a sus respectivos puntos de vista en los siguientes supuestos, formulados de

manera más o menos explícita: la historiografía, como la retórica, se propone únicamente convencer; su fin es la eficacia, no la verdad; al igual que una novela, una obra historiográfica construye un mundo textual autónomo que no tiene ninguna relación demostrable con la realidad extratextual a la que se refiere; los textos historiográficos y los textos de ficción son autorreferenciales porque tienen en común una dimensión retórica.

Estas afirmaciones circulan en torno de la retórica, sus finalidades y sus límites. Pero ¿de qué retórica se trata? Por cierto no de la analizada en el más antiguo tratado de retórica que llegó hasta nosotros, es decir, la *Retórica* de Aristóteles. Basta leer el comienzo para convencerse. Después de haber afirmado que "la retórica es análoga a la dialéctica" y que todos se sirven de ella sea de manera casual o con una familiaridad originada en el hábito, Aristóteles declara haberse propuesto un fin muy distinto del de sus predecesores, que en sus tratados (hoy perdidos) habían examinado sólo una mínima parte de las "artes de los discursos":

En efecto, las pruebas sólo son un elemento constitutivo, todos los otros elementos son accesorios. Ellos en vez no dicen nada en torno de los entimemas, que son el núcleo de la prueba, mientras dedican la mayor parte de sus tratados a cuestiones extrañas al argumento; en efecto la calumnia, la piedad, la ira y otras pasiones semejantes del alma no conciernen al objeto, sino que son remitidas al juez. (1354 a)⁴

En tono tajante Aristóteles rechaza tanto la posición de los sofistas, que habían entendido la retórica solamente como arte de convencer a través de la movilización de los afectos, como la posición de Platón que en el *Gorgias* había condenado la retórica por el mismo motivo.⁵ Contra ambos, Aristóteles identifica un núcleo racional en la retórica: la prueba o, mejor dicho, las pruebas. El nexa entre la historiografía, según la entendieron los modernos, y la retórica, en la acepción de Aristóteles, se debe buscar allí: aunque, como se verá enseguida, nuestra noción de "prueba" es bien distinta de la suya.⁶

2. Aristóteles distingue tres tipos de retórica: deliberativa, expositiva (o sea, referida a la desaprobación o al aplauso) y judicial. A cada una de ellas le corresponde una dimensión temporal diferente: el futuro, el presente y el pasado (1358 b). Las pruebas utilizadas se dividen en "técnicas" y "no técnicas". Entre las segundas Aristóteles cita "los testimonios, las confesiones bajo tortura, los documentos escritos y similares" (1355 b). En la sociedad ateniense del siglo IV antes de Cristo la escritura tenía una función importante y los esclavos podían ser legalmente torturados.⁷ Más adelante Aristóteles agrega al elenco leyes y juramentos, precisando que todas esas pruebas se refieren al ámbito de la retórica judicial. Las pruebas técnicas son dos: el ejemplo (*paradeigma*) y el entimema, que corresponden, en el campo retórico, a la inducción y al silogismo en el campo dialéctico. El ejemplo y el entimema corresponden, res-

pectivamente, a la oratoria deliberativa y a la judicial; el elogio, a la oratoria expositiva. Prosigue Aristóteles:

Los ejemplos son adecuados al género deliberativo: en efecto, sobre la base de los acontecimientos pasados juzgamos, previéndolos, aquellos que serán futuros. Los entimemas en vez son pertinentes al género judicial: en efecto, el pasado, por su oscuridad, requiere sobre todo la búsqueda de la causa y de la demostración. (1368 a)

2. Las implicaciones de esta última afirmación emergen más adelante, en el curso de la discusión sobre los entimemas. La referencia remite, en ese caso, a una situación procesal donde confrontan defensor y acusador. "Puesto que los entimemas se extraen de cuatro lugares", escribe Aristóteles (1402 b), "y esos cuatro lugares son lo verosímil [*eikos*], el ejemplo [*paradeigma*], la prueba necesaria [*tekmeiron*] y el signo [*semeion*], el que acusa se encuentra en una situación difícil: sus conclusiones son fácilmente refutables", porque se refieren a aquello que sucede "la mayoría de las veces" (*epi to poly*). Pero dado que se trata de una conclusión "verosímil" y no "necesaria", la refutación es sólo aparente. Aun los entimemas basados en ejemplos y signos no salen del ámbito de lo probable (1403 a). Solamente los entimemas basados en signos necesarios (*tekmeria*) permiten arribar a conclusiones irrefutables (1403 a; 1357 a-b).⁸

El entimema, la principal de las pruebas técnicas, se basa —afirma Aristóteles— en un menor número de premisas (debido a que son conocidas y por lo tanto no declaradas) respecto del silogismo: "Si una de ellas es conocida, no es necesario enunciarla: el mismo escuchar la suplanta". Sigue un ejemplo:

Para decir que Dorieus ha ganado una corona como premio del certamen es suficiente decir que venció en los juegos olímpicos: no es necesario agregar el hecho de que, habiéndolos vencido, recibió una corona. Todos ya lo saben. (1357 a)

3. La definición tradicional de entimema en cuanto *sylogismos* abreviado se basa a menudo en un pasaje de *Analitici primi* (II, 27): "Un entimema es un silogismo incompleto [*ateles*] que procede de verosimilitudes y de signos". En un ensayo muy importante M.F. Burnyeat sostuvo que la palabra *ateles*, presente sólo en un manuscrito, proviene de una glosa antigua que hasta cierto punto fue tomada imperfectamente del manuscrito. La glosa sería el resultado de un malentendido, fruto de una interpretación en clave estoica de la teoría aristotélica del entimema.⁹ Y sin embargo, la interpretación tradicional del entimema como silogismo abreviado parece encontrar sustentación en el pasaje antes citado de Dorieus (1357 a), dado que Aristóteles lo introduce explícitamente para mostrar que el entimema implica premisas a menudo no explicitadas, y por lo tanto menos numerosas de las requeridas por el *sylogismos* normal. Burnyeat ve la dificultad, pero trata de superarla sosteniendo que en el pasaje sobre Dorieus "la argumentación no se presenta como silogismo, puesto que para ser tal requería una reformulación bastante compleja". Y sin embargo el *sylogismos* correspondiente, que Burnyeat formula poco después ("todos los vencedores de los juegos olímpicos son vencedores de coronas; Dorieus es un vencedor de los juegos olímpicos, por lo tanto Dorieus es un vencedor de coronas") no parece particularmente complejo.¹⁰ Parece ine-

vitable aceptar la definición de entimema provista por el propio Aristóteles. Pero Burnyeat la rechaza por absurda:

Desde el punto de vista del interés o de la utilidad lógica la clase de las argumentaciones formuladas de manera incompleta tienen tan poco interés como la de las argumentaciones formuladas de manera más elaborada, o de las argumentaciones expresadas en modo oscuro, o de las argumentaciones expuestas en forma jocosa. Una lógica de los razonamientos desplegada de manera incompleta es tan irrelevante como una lógica del razonamiento motivada por la indignación.¹¹

La última frase señala el punto débil del razonamiento de Burnyeat. Aristóteles habla aquí de retórica, no de lógica: y la retórica presupone siempre una comunidad concreta, por consiguiente circunscripta. No es necesario mencionar el hecho de que el premio de los juegos olímpicos es una corona porque todos lo saben (*gignoskousi gar pantes*). Aquí "todos" no significa "todos los animales racionales" sino "todos los griegos". Lo demuestra la alusión implícita a Heródoto VIII, 26, que si no me equivoco se les escapó a los intérpretes de *Retórica* 1357 a.

Después de vencer en la Termópilas, Jerjes preguntó a un grupo de desertores de la Arcadia qué estaban haciendo los griegos. Los desertores respondieron que "estaban celebrando las fiestas olímpicas, y asistían a certámenes de gimnasia y a carreras de caballos". Entonces Jerjes preguntó:

Cuál era el premio por el que competían; y ellos respondieron: "Una corona de olivo". Entonces Tritantaicme, hijo de Artabano, manifestó una opinión muy osada y fue acusado de cobardía por parte del rey. Cuando escuchó que el premio no consistía en dinero sino en una corona, no pudo callar y dijo en presencia de todos: "¡Oh, Mardonio, contra qué hombres nos condujiste a combatir, que no compiten por dinero sino por valor!".¹²

El sentido de la anécdota es claro. Sólo un bárbaro podía ignorar que el premio de los juegos olímpicos, que periódicamente subrayaban la unidad cultural de los griegos, era una corona. Un orador griego que hablaba a un público griego –sobreentiende Aristóteles– no tenía necesidad de mencionar algo así. El ejemplo llegó a ser un lugar común. Uno de los diálogos de Luciano, *Anacharsis*, cuenta acerca de un extranjero –un bárbaro, un escita– que, después de asistir a los juegos en un gimnasio griego, pide información al griego Solón. Cuando le dicen que los premios consisten en una corona de olivo o de pino, estalla en una carcajada.¹³

El premio de los juegos olímpicos era sólo una de las innumerables reglas escritas con tinta invisible en la trama de la vida cotidiana de la sociedad griega. Reglas de este tipo existen en cualquier sociedad; en cierto sentido, constituyen las premisas para que funcione una sociedad. Hasta hace algunas décadas los historiadores no se interesaban en estas reglas, quizá porque las daban por descontadas (ocurre aún hoy).

Burnyeat observa acertadamente que las premisas silenciadas no son un elemento necesario del entimema. Aristóteles se limita a decir: "Si una de ellas es conocida, no resul-

ta necesario ni siquiera enunciarla: el mismo que escucha la suplanta" (1357 a; mi subrayado). Aquellas premisas son parte del conocimiento tácito, compartido por el orador y su público.

4. ¿Pero el ejemplo de Dorieus es en verdad un entimema? Según un intérprete, Eugen E. Ryan:

El ejemplo parece simplemente contener la formulación de un dato fáctico, no un entimema [...] ¿qué se quería tratar de probar con esas palabras, o qué convencimiento se quería comunicar? [...] aun admitiendo que sea una argumentación, sería difícil considerarla una argumentación retórica.¹⁴

La duda es legítima, pero (como se verá) infundada.

Aristóteles publicó la *Retórica* alrededor del 350 antes de Cristo. Dorieus de Rodas, hijo de Diagora, había ganado los juegos olímpicos tres veces (en el 432, 428 y 424); entre 412-407 había apoyado a los espartanos.¹⁵ Un ejemplo referido a un individuo que había vivido casi cien años antes parece un poco extraño en una sesión dedicada a la retórica judicial. Por cierto, Aristóteles había escrito que "los entimemas en vez son adecuados para el género judicial: de hecho el pasado, por su oscuridad, admite sobre todo la investigación de la causa y la demostración" (1368 a). Pero una alusión a un evento remoto como la victoria de Dorieus habría sido aparentemente más adecuada a otras formas de indagar el pasado: por ejemplo, la historia. Después de todo, el mismo concepto de tiempo histórico, contrapuesto a un vago pasado mítico, había surgido en Grecia a través de la reconstrucción de los elencos de los vencedores de los juegos olímpicos, que proporcionaron un cuadro de referencia cronológica para cualquier suerte de acontecimientos.¹⁶ En un pasaje típico, que incidentalmente se refiere al mismo personaje mencionado por Aristóteles, Tucídides escribió: "Era la Olimpiada en la que Dorieus venció por segunda vez" (III, 8). Las obras eruditas de Aristóteles no nos han llegado. Además de redactar una lista de los vencedores de los juegos olímpicos, Aristóteles había relevado y corregido un elenco de los vencedores de los juegos olímpicos (entre los cuales estaba Dorieus) que había sido preparado por el famoso filósofo y retórico Hipias.¹⁷ En la malévolamente autorrepresentación atribuida por Platón, Hipias hace alarde del éxito conseguido hablando a los espartanos: "Sobre la genealogía de los héroes y de los hombres, Sócrates, sobre los orígenes de las ciudades, cómo fueron fundadas *ab antiquo*, y en una palabra sobre toda la historia primitiva me escuchan con el mayor deleite" (*Ippia Maggiore*, 285 d).¹⁸ Además de retórico y filósofo, Hipias era un arqueólogo, hoy diríamos un anticuario.¹⁹ Hace muchos años Arnaldo Momigliano observó que el trabajo erudito de Hipias, basado en testimonios sobre todo epigráficos, implicaba "una aproximación racionalista, un método crítico".²⁰ El Aristóteles anticuario, continuador de Hipias, nos ayuda a comprender al Aristóteles filósofo que somete la terminología de la prueba a una concisa crítica conceptual e identifica en la prueba el núcleo racional de la retórica. En los mismos años que sometía a revisión el tratado sobre la *Retórica*, Aristóteles descifraba epígrafes –una actividad típicamente inferencial– a Olimpia o a Delfos con la finalidad de establecer la cronología de los





vencedores de los juegos olímpicos.²¹ La afirmación del hecho "Dorieus venció en los juegos olímpicos", hecha posible por inferencias basadas "en elementos verosímiles o signos", correspondía a la definición de entimema formulada en *Retórica* (1357 a).

5. En un ensayo muy agudo G.E.M. de Ste. Croix ha buscado en varias obras de Aristóteles las huellas de la lectura de Tucídides, sin alcanzar una conclusión definitiva.²² Ste. Croix se detuvo de manera particular en la expresión *to hos epi to poly* ("comúnmente", usado como sustantivo) que encontró en los escritos científicos de Aristóteles; en la *Retórica* casi no se detuvo. Ahora bien, en la página de la *Retórica* (1402 b) donde Aristóteles examina las fuentes del entimema, la expresión no sustantivada (y mucho más banal) *epi to poly* comparece cuatro veces, ligada a algunos de los términos cruciales con los cuales Tucídides expresó la propia relación cognoscitiva con el pasado: *eikos*, *paradeigma*, *semeion*, *tekmerion*.²³ Detengámonos en esto último que, junto al verbo conexo *tekmaïromai*, aparece dos veces, en rápida sucesión, en el umbral de la misma obra de Tucídides. Éste comienza afirmando, en tercera persona, que la guerra del Peloponeso, de la cual tratará, es la más grande que jamás haya existido: "lo conjeturaba" (*tekmaïromenos*) por un examen de la situación presente en Grecia, y por una investigación sobre el pasado conducida por "indicios" (*tekmerion*) que consideraba dignos de fe (I, 1, 1). Un poco más adelante se dice que Homero, llamando "helenos" sólo a algunos de los compañeros de Aquiles, da el mejor testimonio (*tekmerioi de malista*) de que la extensión del término a todos los griegos es un fenómeno tardío (I, 3,3). En la llamada sección "arqueológica", la imagen de los tiempos antiguos basada en las pruebas (*ton... tekmerion*) se contraponen a aquélla, tendiente a lo fabuloso (*to mythodes*) provista por los poetas y logógrafos (I, 21, 1; y véase también I, 20, 1).²⁴ La localización conjetural de la parte más antigua de Atenas en la Acrópolis y en la zona que la flanquea al sur, en la base de los templos colocados en esa parte de la ciudad, es introducida por la expresión *tekmerion de*, "y la prueba es ésta" (II, 15, 4). Las mismas palabras introducen, en la descripción de la peste de Atenas, el juicio sobre la excepcionalidad de la epidemia, basado en la desaparición de los pájaros que habitualmente se alimentan de cadáveres (II, 1, 2).

La distinción formulada por Aristóteles entre signo (*semeion*) y signo necesario (*tekmerion*), si bien ostensiblemente referida a la retórica judicial, podría haber sido solicitada por el uso poco riguroso que le había dado Tucídides, y probablemente otros.²⁵ Para convencernos basta detenerse en el pasaje en el cual Tucídides ve en el uso de portar armas, difundido entre los habitantes de regiones como la Lócrida y Etolia, una prueba de que en el pasado se habían difundido costumbres análogas por todas partes (I, 6, 2). El razonamiento destaca lo formulado en el pasaje ya recordado en el que Tucídides ve en la distribución de los templos en la Acrópolis la prueba de que allí se en-

contraba el centro más antiguo de la ciudad (II, 15, 3). En ambos casos se propone una prueba: pero en el primero el término usado es *semeion*, en el segundo es *tekmerion*. En la terminología de Aristóteles este último término estaba reservado para las conexiones naturales y necesarias que permiten formular un verdadero y propio *sylllogismos*: si una mujer tiene las mamas llenas de leche, ha tenido un hijo (1357 b). Tucídides en cambio usa el término *tekmerion* más o menos como sinónimo de *semeion*, para indicar conexiones no necesarias, válidas *epi to poly*.

6. Las consideraciones hechas hasta aquí dan una luz inesperada al pasaje ya recordado de la *Poética* citado al inicio (1451 b), en el cual Aristóteles desvaloriza la historia respecto de la poesía. La historia de la que hablaba Aristóteles no es (aparte del nombre) la misma de la que hablamos nosotros hoy. En su último libro Finley observó que la investigación de archivo, que para los griegos remitía a la "arqueología" o anticuaría y no a la historiografía en sentido estricto, fue inaugurada por los discípulos de Aristóteles.²⁶ En el pasaje de la *Poética* la palabra "storia" (*historia*) está tomada de Heródoto, a quien Aristóteles critica por su estilo anticuado.²⁷ Tucídides (sobre todo el Tucídides "arqueólogo"), que usó repetidamente argumentaciones basadas en entimemas, "el núcleo central de la prueba" (1354 a) habrá representado, a los ojos de Aristóteles, un caso distinto y menos expuesto a la crítica.²⁸

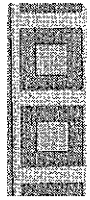
La arqueología o anticuaría, que reconstruía eventos no testimoniados directamente, implicaba instrumentos intelectuales distintos de los usados por la historiografía. Momigliano ha aproximado las conjeturas arqueológicas de Tucídides a las conjeturas paleontológicas de Xenofón.²⁹ Xenofón hablaba de *typoi*: huellas de conchillas, de peces, de focas o de hojas de laurel descubiertas en las rocas, que le permitían inferir una fase antiquísima en la historia de la tierra.³⁰ Tucídides usaba la disposición de las tumbas o las costumbres difundidas en ciertas regiones como pruebas (*tekmeria*) de la existencia de determinados fenómenos en la historia más antigua de la Hélade. En ambos casos se trataba de hipotetizar lo invisible a través de lo visible, del indicio. La lengua griega hablada conservaba en esas palabras (así como sucede en muchas lenguas modernas) los ecos de un antiquísimo saber venatorio. En el *Edipo rey* de Sófocles el término *ichnos*, "huella", y un adjetivo conectado a *tekmaïr* o resuenan en las palabras pronunciadas por Edipo ante la noticia de que la peste de Tebas tenía origen en el asesinato de Layo: "¿Dónde encontrar esta huella oscura de un antiguo crimen?"³¹

Al comienzo de estas consideraciones yo sostuve que en la *Retórica* Aristóteles habla de la historiografía (o al menos de su núcleo esencial) en un sentido que nos resulta familiar aún hoy. Este "núcleo esencial" se puede formular como sigue:

- a) la historia humana puede ser reconstruida sobre la base de huellas, indicios, *semeia*;
- b) tales reconstrucciones implican tácitamente una serie de conexiones naturales y necesarias (*tekmeria*) que tiene carácter de certeza: hasta que no se pruebe lo contrario, un ser humano no puede vivir doscientos años, no puede estar contemporáneamente de dos lugares al mismo tiempo, etcétera, y
- c) fuera de estas conexiones naturales los historiadores se mueven en el ámbito de lo verosímil (*eikos*), algunas veces de lo extremadamente verosímil, pero de lo cierto, aun-

que en sus escritos la distinción entre "extremadamente verosímil" y "cierto" tiende a esfumarse.

Las dudas sobre el significado exacto (¿es natural? ¿es verosímil?) de la expresión *hos eikós* usada por Tucídides no tiene razón de ser.³² Desde Tucídides hasta hoy los historiadores han llenado tácitamente las lagunas de la documentación con lo que es, o a ellos le parecía, natural, obvio, y por lo tanto (casi) cierto.³³



La afirmación de Aristóteles en *Retórica* (1360 a 33-37) que las *historiai* son útiles a la política, no a la oratoria, fue considerada "fundamental" por Mazzarino.³⁴ Pero para capturar plenamente el sentido debemos inscribirla en el contexto en el que fue formulada: un estudio científico que explora el ámbito del *eikós* a partir de la prueba, y en particular la prueba técnica constituida por el entimema. Una vez más Burnyeat es quien releva que la definición más elástica de entimema basada en los signos, propuesta por Aristóteles, comprendía

...algunas formas indispensables de razonamiento como "inferencia en busca de la mejor explicación" o, como se decía en el pasado, inferencia desde el efecto a la causa, sin las cuales resultarían gravemente obstaculizadas no sólo la retórica y las decisiones públicas sino la misma medicina.³⁵

¿Es posible agregar la historia a ese elenco? Sí y no. Pero el orador judicial que reconstruía eventos pasados examinando indicios y testimonios estaba por cierto más próximo al Tucídides "arqueólogo" (y al Aristóteles anticuario) que a un historiador como Heródoto, poco interesado en las pruebas y entimemas.

7. Lo que se ha dicho hasta aquí indica que en la Grecia del siglo IV retórica, historia y prueba estaban estrechamente entrelazadas. Intentemos un elenco de algunas de las consecuencias de esta conexión.

a. Las lenguas que hablamos abundan en palabras de origen griego. Como ha mostrado Finley, palabras que están en el centro de nuestra vida como "economía" y "democracia" no son del todo sinónimos de sus correspondientes vocablos griegos. Lo mismo vale para la palabra "historia". Hace alrededor de medio siglo, Momigliano demostró en un ensayo fundamental que la continuidad terminológica de "historia" e *historia* esconde una profunda discontinuidad de contenido. La historiografía en el sentido moderno del término emergió por primera vez a mitad del 700 en la obra de Gibbon, donde se habían fusionado dos tradiciones intelectuales heterogéneas: la historia filosófica a la *Voltaire* y la anticuaría.³⁶

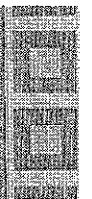
Momigliano mostró que la posición de Gibbon había sido preparada por las inflamadas discusiones entre neopirronistas y anticuarios sostenidas algunas décadas antes: los primeros atacaban la historia basándose en las contradicciones localizadas en los historiadores antiguos, los segundos las salvaban gracias a un examen riguroso de las fuentes primarias, sobre todo aquellas de naturaleza no literaria, como las monedas, las inscripciones, los monumentos. Momigliano se detuvo largamente en la tradición "arqueológica" griega y romana, pero los protagonistas de su ensayo eran los anticuarios del tardo 600 y del primer 700.

Momigliano aludió a la "arqueología" de Tucídides solamente para subrayar las presuntas diferencias respecto de la arqueología de Hipias. La atención que se prestó a la cuestión de la prueba sugiere que se da un peso mayor al modo en que Tucídides se sirvió de indicios arqueológicos y literarios para reconstruir, con gran audacia conjetural, un pasado remotísimo. Alguien objetará que Tucídides, que en el pasado había sido transformado en un profesor alemán, reaparece aquí con el traje de un detective inglés o de un conocedor italiano de fines del 800. Puede ser. Pero la tensión entre los capítulos arqueológicos de Tucídides y la narración de la guerra del Peloponeso es innegable, y quizá vinculada (según una hipótesis formulada hace mucho tiempo) a dos proyectos literarios distintos.³⁷

b. Si suponemos que la dimensión arqueológica (o sea, anticuaría) de la obra de Tucídides puede haber suscitado el interés de Aristóteles, toda la concepción de este último respecto de la historia podría ser reexaminada a la luz de las alusiones a un conocimiento inferencial del pasado contenidas en *Retórica*. El juicio de Finley sobre la presunta liquidación de la historia por parte de Aristóteles (*Poética* 1459 b) también debería ser reconsiderado a la luz de la alusión del mismo Finley respecto de la importancia atribuida a la investigación de archivo por los discípulos de Aristóteles. En un ensayo importante aparecido hace algunos años Gregory Nagy ha subrayado la dimensión jurídica de la historiografía griega, parangonándola a los arbitrajes públicos.³⁸ Las conclusiones de Nagy, si no me equivoco, convergen con la lectura de la *Retórica* de Aristóteles propuesta aquí.

c. Lo que se dijo sobre la discontinuidad escondida en nuestro léxico intelectual se puede aplicar incluso al término "retórica". He tratado de mostrar que el arte de la retórica de Aristóteles era muy diferente de lo que hoy entendemos con el mismo término. El próximo capítulo estará dedicado al examen de esa fractura histórica decisiva, y de sus implicaciones. Pero por ahora será útil hacer una observación de carácter general a propósito de la discusión actual sobre las relaciones entre retórica e historia.

8. Una vez más tomaré como referencia la obra de un estudioso con el que tengo una deuda intelectual particularmente grande: Arnaldo Momigliano. En su ensayo *La retórica de la historia y la historia de la retórica*, aparecido en 1981, reaccionó vigorosamente ante la tentativa de Hayden White, Peter Munz y otros estudiosos de considerar a los "historiadores, a la par de otros narradores, como retóricos que se pueden caracterizar por sus modos de discurso". "Temo las consecuencias de su perspectiva historiográfica", escribió Momigliano, "porque él [White] ha eliminado la búsqueda de la verdad como deber fundamental del historiador".³⁹ Los acontecimientos que se fueron sucediendo en la escena intelectual prueban que los temores de Momigliano eran justificados. Como él, también yo pienso que la búsqueda de la verdad es aún el deber fundamental para cualquiera que haga investigación, los historiadores incluidos. Pero la conclusión de Momigliano es más convincente que la argumentación en que se basa. Después de haber hablado con ironía de "la fascinación que el descubrimiento de la retórica ejerce en estos momentos sobre estudiosos de la historia de la historiografía", Momigliano observó que desde un punto de vista histórico "una interferencia consciente de los retóricos en el campo de la historiografía no se da tal vez antes de Isócra-



tes en el siglo IV antes de Cristo.⁴⁰ Ni aquí ni en otro lugar Momigliano aludió a la *Retórica* de Aristóteles. Otro pasaje del ensayo ya recordado aclara tal vez los motivos de la ausencia de esa referencia:

Cualquier pregunta que cualquier historiador se haga en torno de cualquier cosa que haya sucedido implica la posibilidad de que lo que él piensa que ocurrió puede no haber ocurrido: por lo tanto el historiador no sólo debe dar un sentido al acontecimiento sino que debe comprobar que eso fue un acontecimiento. A diferencia de Munz, no me disgusta la similitud que esto sugiere con el trabajo cotidiano de un policía (o un juez). Ambos deben dar un sentido a ciertos acontecimientos después de haber comprobado que los mismos han tenido lugar. Pero su actividad está limitada a pocas categorías de acontecimientos dentro de límites cronológicos definidos y raramente presentan interés para los que están afuera. En cambio, la sociedad les paga a los historiadores para indagar sobre acontecimientos de interés general, la realidad y el significado de los cuales no pueden ser establecidos sin un conocimiento complejo. De los policías no se espera que comprendan, y mucho menos que publiquen, bulas medievales. Tampoco los jueces al día de hoy tienen que hacer salvo raramente algo así y, cuando esto sucede, son bienvenidos al campo de los historiadores.⁴¹

Los jueces y los historiadores tienen en común la preocupación de comprobar los hechos, en el sentido más amplio del término, incluyendo todo lo que se inscribe de algún modo en la realidad: incluso las voces que influyen en los mercados financieros (para los jueces), incluso los mitos y las leyendas (para los historiadores) y así siguiendo. Jueces e historiadores tienen en común la búsqueda de pruebas.⁴² A esta doble convergencia corresponde una divergencia sobre dos puntos fundamentales. Los jueces emiten sentencias, los historiadores no; los jueces se ocupan sólo de eventos que implican responsabilidades individuales; los historiadores no conocen esta limitación. No obstante, no logro seguir a Momigliano cuando sostiene que los jueces están interesados en eventos que "raramente presentan interés para los que están al margen de ellos", mientras que "la sociedad en cambio les paga a los historiadores para indagar sobre acontecimientos de interés general". En las últimas décadas, los historiadores han trabajado cada vez más frecuentemente con fuentes judiciales producidas por tribunales de la Inquisición o tribunales laicos de diversos órdenes y grados. Estos tribunales tratan generalmente de vidas oscuras y de eventos sin importancia. Los modos por los cuales estas vidas y estos eventos puedan ser presentados como vidas y "eventos de interés general" no pueden discutirse aquí. Pero el impulso por ocuparse de fuentes judiciales nos ha puesto en contacto, por un lado, con la ambigua contigüidad entre historiadores y jueces; por el otro, con la importancia de la retórica judicial para cualquier discusión sobre metodología de la historia. Extrañamente, ni los autores de algunos recientes, y discutidos, libros sobre la Shoah —basados ampliamente sobre

actas de procesos celebrados después del fin de la guerra— ni sus críticos han examinado estos problemas de método.⁴³

La reducción, hoy de moda, de la historia a la retórica no puede ser rechazada sosteniendo que la relación entre la una y la otra siempre fue débil y poco relevante. Desde mi punto de vista, esa reducción puede rechazarse redescubriendo la riqueza intelectual de la tradición que comienza en Aristóteles, a partir de su tesis central: que las pruebas, lejos de ser incompatibles con la retórica, constituyen su núcleo fundamental.

(Traducción de Leticia Prislei)

Notas

¹ Utilizo, modificándola aquí y allá, la traducción de C. Gallavotti, Aristotele, *Dell'arte poetica*, Milán, 1987, pp. 30 y ss.

² Véase M.I. Finley, *Mito, memoria e storia* (1965) en la compilación *Uso e abuso de la storia*, Turín, 1981, p. 5 (ed. orig. *The Use and Abuse of History*, Londres, 1975). El comentario se retoma indirectamente en el libro de Finley, *Problemi e metodi di storia antica*, tr. it. de E. Lo Cascio, Bari, 1987, p. 183, nota 30 (ed. orig. *Ancient History. Evidence and Models*, Londres, 1985).

³ Véase mi introducción a "Unus testis. Lo sterminio degli Ebrei e il principio di realtà", *Quaderni Storici*, n.s., 80 (1992), pp. 529-548.

⁴ Uso, modificándola en algunos puntos sustanciales, la traducción de A. Plebe (Aristotele, *Opere*, a cura di G. Giannantoni, Bari, 1973, vol. X, p. 3). Téngase en cuenta el comentario a la *Retórica* a cargo de W.M.A. Grimaldi S.J., Nueva York, 1980-1988, que retoma una serie de estudios precedentes, entre los cuales es particularmente importante "Rethoric and Truth: A Note on Aristotle. Rethoric 1355 a 21-24", *Philosophy and Rethoric*, 11 (1978), pp. 173-177.

⁵ De la síntesis entre los dos puntos de vista habla F. Solmsen, *Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rethorik*, Berlín, 1929 (*Neu Philologische Untersuchungen*, IV), pp. 227-228.

⁶ La necesidad de confrontar "el problema aristotélico de la historia [...] con el aristotélico de la retórica" fue identificada y pronto puesto de relevancia por Mazzarino (*Il pensiero storico clásico*, I, Bari, 1983, p. 415), que significativamente no aborda la cuestión de la prueba. Me ocupé de esta última, desde una perspectiva distinta, en *Il giudice e lo storico. Consideración in margine al processo Sofri*, Turín, 1991; "Checking the Evidence: the Judge and the Historian", *Critical Enquiry*, vol. 18, N° 1, otoño de 1991, pp. 79-92.

⁷ Véase V.R. Thomas, *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*, Cambridge, 1990.

⁸ J. Hankinson, "«Semeion» e «tekmerion». L'evoluzione del vocabolario di segni e indicazioni nella Grecia clásica", en *I Greci*, a cura di S. Settis, 2.2, 1997, pp. 1169-1187.

⁹ Cito de Aristóteles, *Organon*, a cura di M. Zanatta, I, Turín, 1996, p. 415. Véase M.F. Burnyeat, "Enthymeme: Aristotle on the Logic of Persuasion", en *Aristotle's rethoric: Philosophical Studies*, a cura di D.J. Furley y A. Nehamas, Princeton, 1994, pp. 2-55 (agradezco a Julia Annas por haberme indicado este ensayo). Sobre "silogismo" como traducción inadecuada de *sillogismos* véase J. Barnes, "Prof. and the Syllogism", en *Aristotle on Science. the Posterior Analytics, Proceedings of the Eighth Symposium Aristotelicum...* a cura di E. Berti, Padua, 1981, pp. 17 y ss., en particular p. 23, nota 7.

¹⁰ M.F. Burnyeat, "Enthymeme...", pp. 22-23.

¹¹ Ídem, p. 5.

¹² Cito de Heródoto, *La battaglia di Salamina, libro VIII delle storie*, a cura di A. Masaracchia, Milán, 1977, p. 27.

¹³ Luciano de Samosata, *Anarchasis o gli esercizi ginnici* (en *Dialoghi*, a cura di V. Longo, Turín, pp. 128 y ss.). Véase G.C. Roscioni, *Sulle tracce del' Esploratore turco*, Milán, 1992, p. 164; y, de quien escribe, "Anarchasis interroga gli indigini. Una nuova lettura di un vecchio best-seller", en *L'histoire grande ouverte: Hommages à Emmanuel Le Roy Ladurie*, a cura di A. Burguière, J. Goy y M. J. Tits-Dieuaide, París, 1997, pp. 337-346.

¹⁴ E.E. Ryan, *Aristotle's Theory of Rhetorical Argumentation*, Montreal, 1984, pp. 42-43.

¹⁵ L. Moretti, "Olympionikai, i vincitori negli antichi agoni olimpici", en *Atti dell' Accademia nazionale dei Lincei, Memorie della classe di scienze morali, storiche e filologiche*, s. VIII, vol. VIII, fasc. 2, Roma, 1957, p. 105, nota 33, con bibliografía.

¹⁶ A. Körte, "Die Entstehung der Olympionikenliste", *Hermes*, 39 (1904), pp. 224-243.

¹⁷ R. Weil, *Aristote et l' histoire*, París, 1960, pp. 131-137.

¹⁸ Citado por Platón, *Tutte le opere*, al cuidado de G. Pugliese Carratelli (tr. it. de E. Martini, Florencia, 1974), p. 802

¹⁹ A. Momigliano, "Ancient History and the Antiquarian" (1950), en *Contributo alla storia degli studi calssici*, Roma, 1955, p. 70 y nota 5 (también en *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, p. 7, nota 3).

²⁰ A. Momigliano, "Ideali della vita nella sofistica: Ippia e Crizia" (1930), en *Quarto contributo alla storia degli studi classici ed del mondo antico*, Roma, 1969, pp. 145-154, en particular p. 149.

²¹ I. Düring, *Aristotele*, tr. it. de P. Donini, Milán, 1976, pp. 64-65.

²² G.E.M. de Ste. Croix, "Aristotle on History and Poetry (*Poetics*, 9, 1451 a 36- b 11)", en *The Ancient Historian and his Materials. Essays in Honour of C.E. Stevens on his Seventieth Birthday*, a cura di B. Levick, Westmead, Farnborough, 1975, pp. 45-58. Véase también D.M. Pippidi, "Aristote et Thucydide. En marge du chapitre IX de la *Poétique*", en *Mélanges de philologie, de littérature et d' histoire anciennes, offerts à J. Marouzeau...*, París, 1948, pp. 483-490.

²³ *Index Thucydideus, ex Bekkeri editione stereotypa confectus a M.H.N. von Essen Dre Hamburgensi*, Darmstadt, 1964.

²⁴ Véase el innovador libro de E. Täubler, *Die Archaeologie des Thukydidés*, Leipzig-Berlin, 1927 (reeditado en 1979). Del mismo autor, *Ausgewählte Schriften zur alten Geschichte*, Stuttgart, 1987, introducción de G. Alföldy (con un elenco de reseñas y de necrológicas, y una bibliografía). Para una perspectiva análoga, véase J. Gommel, *Rhetorisches Argumentum bei Thukydidés*, Hildesheim, 1966 (Spudsmata Bd. X), que insiste sobre todo en el nexo entre Tucídides y el retórico Antífonte.

²⁵ M.F. Burnyeat repara que en la tradición retórica más antigua la distinción no existía: "The origins of non-deductive inference", en J. Barnes et al., *Science and speculation* (Proceedings of the Se-

cond Symposium Hellenisticum), Cambridge, 1982, pp. 193- 238, en particular p. 196, nota 10. Véase también el comentario citado en el primer libro de la *Retórica* de Aristóteles a cura di W.M.A. Grimaldi S.J., pp. 63 y ss.

²⁶ M. Finley, *Problema...*, pp. 28, 54, 172, nota 22.

²⁷ Tucídides (como subraya F. Hartog en la nueva introducción a su *La miroir d' Herodote*, París 1991, pp. III, XV) no usa jamás la palabra *historia*.

²⁸ Sobre el uso de los entimemas por parte de Tucídides, véase J. de Romilly, *La construction de la vérité chez Thucydide*, París, 1990, pp. 73 y ss. Véase en particular p. 76: "Si la place des réflexions correspond à une habitude rhétorique, leur fonction n' est en aucune façon purement rhétorique: [...] elles font [...] partie de l' argumentation": lo que naturalmente corresponde al antiguo concepto de retórica.

²⁹ A. Momigliano, "Storiografia su tradizione scritta e storiografia su tradizione orale" (1961-1962), en *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1966, I, pp. 13-22 (en p. 16 la alusión a Xenofón).

³⁰ *I presocratici*, a cura di de A. Lami, Milán, 1991, pp. 178 y ss. (Hyppolitus).

³¹ *Edipo re*, 109. Véase B. Williams, *Shame and Necessity*, Berkeley, 1993, pp. 58-59. Agradezco a Luciano Canfora, que en una lejana discusión me invitó a estudiar el significado de *semeion* en Tucídides (*Quaderni di Storia*, 12, julio- diciembre de 1980, pp. 49-50, a propósito de mi ensayo *Spie: radici di un paradigma indiziario*, ahora en *Miti emblemici spie*, Turín, 1986, pp. 158- 209). Véase también F. Hartog, "L'oeil de Thucydide et l' histoire «véritable»", *Poétique*, 49, febrero de 1982, p. 25, nota 7, y, más en general, M. F. Burnyeat, *The Origins...*

³² H.D. Westlake, "Hos eikos en Thucydides", *Hermes*, LXXXVI (1958), pp. 447- 452; P. Butti de Lima, *L'inchiesta e la prova. Immagine storiografica, pratica giuridica e retorica nella Grecia classica*, Turín, 1996, pp. 160 y ss.

³³ M.F. Burnyeat, "Enthymeme...", p. 38.

³⁴ S. Mazzarino, *Il pensiero storico*, I, p. 410. Véase en vez M. Finley, *Uso e abuso...*, p. 6.

³⁵ M.F. Burnyeat, "Enthymeme...", p. 38.

³⁶ Véase A. Momigliano, *Ancient History...*

³⁷ Véase K. Ziegler, "Der Ursprung der Exkurse im Thukydidés", *Rheinisches Museum*, n.s., 78 (1929), pp. 58-67.

³⁸ G. Nagy, "Mythe et prose en Grèce archaïque: l'ainos", en *Métamorphose du mythe en Grèce antique*, a cura di C. Calame, Ginebra, 1988, pp. 229-242.

³⁹ A. Momigliano, "The Rethoric of History and the History of Rethoric: on Hayden White' s Tropes" (1981), en *Settimo contributo alla storia degli studi classici ed del mondo antico*, Roma, 1984, pp. 49-59 (tr. it., *Sui fondamenti...*, pp. 465-476, en particular p. 465).

⁴⁰ A. Momigliano, *The Rethoric...*, p. 58 (también en *Sui fondamenti...*, p. 474).

⁴¹ A. Momigliano, *The Rethoric...*, pp. 57-58 (también en *Sui fondamenti...*, pp. 473-474).

⁴² Véase, de quien escribe, *Il giudice e lo storico*, y *Checking the evidence...*

⁴³ Véase C. Browning, *Ordinary Men. Reserve Police Battallion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, 1992 (tr. it. de L. Salvai, *Uomini comuni*, Turín, 1995); D.J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York 1996 (tr. it. de E. Basaglia, *I volonterosi carnefici di Hitler*, Milán, 1997).

Reseñas

